



CECILIA SZPERLING
LAS DESMAYADAS

emecé

Cecilia Szperling

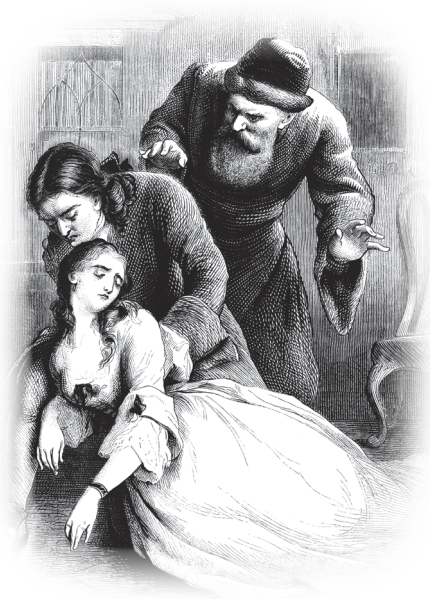
Las desmayadas

Fábula autobiográfica



emecé
cruz del sur

Primera parte



Camisones volando sin cabeza

Escucho que acaba de morir padre. Tengo 15 años. Veo a mis hermanas bailar, resplandecer en medio de nuestro jardín-selva que nadie cuida, bajo una luna desbordada, redondísima, blanco-fuego. La luz lunar las vuelve brillantes, fuertes, hermosas. En sus camisones parecen diosas griegas en el Parnaso, luciérnagas iluminadas de alas transparentes.

Llega el quejido de Madre desde su cuarto. Es un desgarró. Agudo, quebrado, una vibración sonora imperceptible para el resto. La habitación queda lejos, pero lo escucho perfectamente. El timbre del quejido me cae como un rayo en la cabeza y me convierto en estatua de sal.

Voy a desmayarme. Sin embargo, suspendo el desmayo. No es adecuado hoy requerir atención. Dejo que mi alma me abandone y se lleve todo lo que hay flotando en mí, mientras los esfuerzos se conducen a mantener mi cuerpo erguido, de una pieza, aquí, clavado en el jardín salvaje.

Mi cerebro lunar, lunático, nocturno, elabora una espesa sustancia química que va a enturbiar esa luz lúcida, transparente, que deja ver límpida la agonía y la muerte. ¡Imposible mirarla de frente! ¡Encandila! Como respondiendo a una orden o a un ruego que saliera de mis entrañas, él me envía su síntesis neuronal a través de sus tentáculos eléctricos, un rayo reluciente que llega a las terminaciones nerviosas de todo mi cuerpo.

Así estoy, sonámbula, narcotizada de dolor y desbordada de anestesia propia para insensibilizar.

Logro vaciarme, despegarme de mí. Verme desde afuera. Ya no ser. Ya no soy nada. Salgo de mí. Ahí está la luna, blanca, indolente, y quisiera, como ella, estar apagada, solo reflejar la luz de los otros.

Los demás sí, son. Sí, saben. Sí, quieren. Sí, pueden. Yo no.

Somos tres niñas adolescentes de 12, 15 y 18 años a las que les acaban de anunciar que hallaron a su padre sin vida en la habitación del primer piso, la de la terraza que da al jardín en el que ellas permanecen desde hace largo rato.

Una muerte anunciada pero no dicha.

Una muerte escrita en el cuerpo pero sin palabras.

Se enfría el aire del jardín nocturno. Llega el aliento de los brujos de nieve a helarnos la sangre a mis dos hermanas y a mí. Las tres convirtiéndonos en estatuas de hielo, muñecas de nieve. Luego, el viento desde el suelo, recorriendo pantorrillas, muslos, alzándonos los camisones hasta el cuello.

Tres hermanas desnudas como tres estatuas de bailarinas en el jardín, alrededor de la estatua central del Quijote malherido.

Los camisones largos, de mangas largas, volando sobre nuestras cabezas. Viento nos los quita con sus ráfagas envolventes y ascendentes. Viento nos los arranca, nos los roba, nos los saca. Los hace volar. Blancos, iridiscentes, refulgiendo en la noche como luces malas, como luciérnagas. Flotan suspendidos. Con sus telas tensas a más no poder. Brazos y cuerpos armados, como niñas voladoras sin cabeza.

Viento levanta hojas del suelo y hace con ellas su capricho. Ahora Viento sacude camisones de lado a lado, los hamaca, los sube y baja. Viento arma, dirige, construye la escena espectral: nuestros camisones fantasmales flotando en el cielo del jardín familiar. ¡Jardín ópera! ¡Jardín teatro! Camisones volando sin cabeza. Viento lo logra. Logra La Escena Muerte casi completa.

La muerte del Padre es destierro

El muerto expulsa a las vivientes a atravesar el desierto. Las confina a errar bajo las estrellas. Nos vuelve eternas, inmortales, infinitas, viajeras sin rumbo. ¡Resucitadas!

Agonizo en un desierto interior. Vagabunda. Replicante. Alma en pena.

Con todo, permanezco en el jardín. Ráfagas de arena del desierto me pican brazos y piernas, golpean la piel de mi cara, hacen temblar mis tripas. Igual, el jardín me contiene.

Evité el desmayo clavándome fuerte en la tierra, echando raíces desde mis plantas. Volverme rosal, volverme higuera. Permanezco aferrada, no es momento de dejarse caer.

Me encandila la luz blanca de la luna llena. Es plena noche pero todo se ve.

Respiramos el olor dulce de nardos y jazmines. Yo no sé qué miel de qué flor me empalaga, me mareo. La flor que empalaga no se ve. La belleza que

intento olfatear con mi hocico no huele. La flor del árbol de durazno no contesta. No dice nada en su idioma perfume, en su idioma fragancia, flor sin aroma, flor muda, flor para ver. No da un sabor extra. Me niega ese deleite y me expulsa al sector árido que me habita. Soy más camello que flor, mis pies más salitre que pasto húmedo, verde de exultante clorofila.

¿Qué va a pasarnos?

El jardín ya no linda con casas sino que es bosque al que debemos largarnos.

El muerto nos echa. Nos empuja a otro lugar. Expulsa a las vivientes de nuestra propia ruta. Nos confina a errar bajo el sol o las estrellas.

Somos eternas esta noche.

Viajeras sin rumbo.

Inmortales.

Infinitas.

Vagabundas.

¡Estamos aquí!

Deambuladoras.

Condenadas a no dormir.

¡Huérfanas!

Hilos blancos exterminadores

La luna enciende los pequeños charcos que dejó una breve lluvia, indicando que esta también es una gran noche de brillos y reprochándonos porque no llegaremos a engalanarnos y salir a enamorar y enamorarnos, porque lo oscuro está, estuvo, sigue estando, aquí, en la casa, anidando. Anidando un cuerpo. El cuerpo largo, flaco, el cuerpo Don Quijote de vientre abultado por error biológico, por falla del sistema. Envolviéndolo como al gusano en la crisálida, pero en vez de volverlo mariposa en su interior, de bordarle alas con finísimos hilos de sedas de colores, tejerá una cuna con hilos de destilado algodón para atarlo, enredarlo, dejarlo inmóvil, apretarlo tanto que ya no pueda respirar, hasta deshacerlo, y el cuerpo quede yacente, culpa de los hilos blancos exterminadores con los que tejieron esa capucha trampa, una mortaja frágil y fuerte como una gigante telaraña. Los hilos de seda

que dejan a Padre sin habla, sin oxígeno, sin pataleo. El partero de la muerte hizo su trabajo.

Luego me indica que sería bueno colgarlo hasta que se seque. Le pregunto: ¿dónde?, y me señala un árbol desmesuradamente grande y alto. Tan alto que toda mi altura solo llega a las raíces.

Díganme si alucino, si estoy soñando o si es cierto, si es real que Padre muerto envuelto en hilos blancos cuelga a lo lejos de un árbol. Que colgará hasta secarse y así lograr que el entierro en el barro húmedo sea más cinematográfico.

Las tres hermanas y la viuda esperarán en el bosque que el tiempo de sequía llegue.

Ahí nos tienen, resignadas, con palas nuevas recién compradas.